

**XXXVI PREGÓN DE LA
HERMANDAD DE LA VERA-CRUZ**

D. JOSÉ ANDRÉS ORTEGA SEDA

**MAIRENA DEL ALCOR A 29 DE
MARZO DE 2015.**

El palio avanzaba poco a poco hacia la plaza, a los sones de Jesús de las Penas, con la candelería completamente encendida iluminando por completo el rostro de mi Ancilla, con la musicalidad de la permanente lucha de la bambalina contra el varal, cuando de pronto sonó una voz:

“José, despierta. Vas a llegar tarde a la procesión.”

Me desperté sobresaltado, casi sin saber dónde me encontraba. Era mi madre la que me llamaba. De esa manera se había puesto fin a esa enorme chicotá por la calle Ancha, donde se veían las lágrimas de mi Ancilla, brillar como las estrellas en una noche despejada de primavera. Me levanté de la cama, y me asomé a la ventana. Los gorriones volaban alegremente, posándose en las cornisas de las casas. En el aire, se respiraba aroma a canela y clavo, y en el ambiente se percibía que todo había cambiado.

Poco a poco, casi sin hacer ruido, el largo letargo invernal, había dado lugar a la explosión de luz y color, que es la primavera. Sin darnos cuenta, habíamos dejado atrás los cuarenta días con sus cuarentas noches, del desierto de la cuaresma. Atrás quedaron los días de limpieza de enseres, preparación de altares de culto, y los ensayos en los que sólo el rachear de unas alpargatas de esparto, y la música de una radio vieja, rompían el silencio de la noche.

Pero con la llegada de la luna del Parasceve, todo cambia y se transforma, para celebrar la Pasión y Muerte de nuestro Señor Jesucristo.

Tras vestirme, salí corriendo a la calle, completamente inundada por el olor a azahar de los naranjos de la Plaza, pero Mairena se había transformado en Jerusalén: la Barriada, es el arco triunfal donde Jesús es recibido por los niños con palmas y ramas de olivo; el Arenal, es Getsemaní, donde los judíos esperan para prender al Divino Galileo, la calle Jondilla, se transforma en antesala del Calvario, el Castillo de Luna, en camino del Calvario donde la mujer Verónica, se sobrepone a todo y le limpia el rostro al Nazareno, la calle Real, en Gólgota donde Jesús en su Vera-Cruz da su lección magistral de amor, la Plaza de Antonio Mairena, en sepulcro de Jesús y la parroquia, en glorioso trono tras la Resurrección.

Hermanos, prestad atención, que poco a poco viene el Divino Galileo, Hijo de Dios Padre, Dios del Amor, que por los pecados del mundo va a morir en la cruz.

TOMA TU CRUZ Y SIGUEME.

Buenas tardes, hermanos en Cristo Crucificado en su verdadera-Cruz. En esta maravillosa y soleada mañana del Domingo de Ramos, este que os habla, nazareno desde la niñez, y costalero por amor y devoción a Jesús en su Vera-cruz y a su bendita madre, María Santísima de la Ancilla en su Mayor Dolor y Traspaso, se dispone a expresar, qué se siente bajo el anonimato de un antifaz de nazareno. Y el orgullo que supone para un veracruzista ser costalero, de la bendita madre de Dios y de su hijo Dios vivo muerto en la cruz. Para poder acercarlos a aquellos que no pueden hacerlo: al enfermo, al anciano, al necesitado, al parado y a todo aquel que ha perdido la esperanza, ya que nuestro cometido es sólo uno: dar pública manifestación de nuestra fe en Cristo y en su Amada Madre.

Muchas gracias por tus palabras, querido Carlos Javier, aunque no las merezco. En ellas pones de manifiesto, esa devoción por la Vera-cruz, que desde pequeño nos han inculcado vistiendo el hábito nazareno. Pero desde aquí, he de decirte, que desde que tienes el orgullo de pasear al Cristo de la Vera-Cruz por las calles de Mairena, siento envidia de ti, ya que cuando el paso está en el suelo, puedes contemplar su divino rostro sereno, y hablar con él cara a cara, contarle todos tus miedos y temores, pedirle por aquellos que más quieres, como ver en su dulce rostro que aunque está muerto en la Cruz, en verdad está dormido.

En estos momentos, me gustaría dar las gracias. Gracias a la Junta de Gobierno de la Hermandad de la Vera-Cruz, por confiar en mi persona para exaltar nuestra Semana Santa. Gracias a mis padres, Antonio y Teresa, porque ellos me han inculcado una educación y unos valores, que son los que me acompañan en cada uno de mis actos. Gracias a mis hermanos, Antonio David y Carlos Javier, porque ellos siempre me acompañan en mi estación de penitencia, y son mi punto de apoyo en todos los momentos de la vida. Gracias a mis amigos: Jesús, Manolo, Miguel Ángel, José Manuel, Jesús María, Regina, M^a de Gracia y Rosa, porque sé que están a mi lado en el momento en el que más lo necesito. Estas hermosas pastas repujadas, y el encuentro en las largas tertulias de cuaresma, así lo reflejan.

Gracias a ti, Milagros, mi amiga, mi esposa, mi consejera, por estar siempre a mi lado, por cuidar de la pequeña Sara y levantarme cuando más duro se hacía expresar con palabras lo que siente el corazón.

Y por supuesto, gracias a ti, Ancilla. Tú, que eres mi luz y mi guía, mi protectora. Desde pequeño, tu mirada me cautivó. No había un momento, en el que me acercara a verte, para contarte mis alegrías y mis penas, mis ruegos y mis plegarias. Con el tiempo y la lejanía, cada día te tenía presente en mis pensamientos. Allá, en las lejanas tierras de Castilla, no había un día en el que te confesara mis problemas, en aquella magnífica foto, que me regaló un buen amigo, días antes de irme, que puse sobre la cabecera de mi cama. Y que siempre me acompaña donde quiera que voy.

No hay un momento, en el que no te tenga presente, porque eres la luz que todo lo alumbra, eres el faro que me guía en la oscuridad, y el Amor hecho entrega. Eres trono de sabiduría, pura e Inmaculada Concepción, eres templo del Espíritu Santo, Rosa mística de la Pasión. Madre Mía de la Ancilla, Madre y Esclava del Señor, tus hijos te pedimos que nos ayudes a ser mejor.

Redentora de los pecadores, te imploro con humildad y devoción, que guíes mis pasos, en la senda del Amor.

No mires mis pecados, sino mi fe, y mi oración.

Acompáñame en el camino, que conduce a la salvación. Por eso Tú eres Ancilla, mi madre, la Esclava del Señor.

Con la venia del Señor Presidente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías de esta villa, con la venia del Hermano Mayor y Junta de gobierno de la Hermandad y cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz, María Santísima de la Ancilla en su Mayor Dolor y Traspaso y San Juan Evangelista, vamos a dar comienzo a la estación de penitencia.

Estación de penitencia, que comienza mucho antes de que llegue el Viernes Santo. Como si se tratara de un carácter, que viene guardado en los genes, y que se transmite de generación en generación, en las tardes de Cuaresma, unas manos cálidas, dulces, amorosas, sacan del baúl que permanece en el soberao, la túnica y la capa de nazareno. Manos amorosas de madre, que con todo el amor del mundo, espera la llegada de su familia para, uno a uno, ir probando cada una de las ropas, para ver qué arreglo hay que hacer, a cada una.

Pero hoy, es un día especial. Los pequeños de la casa, es la primera vez que se la prueban y como no podía ser de otra forma, juegan a volar la capa, por el pasillo del piso, hasta que con una voz, se acaba el juego. Estas mismas manos amorosas, son las que posteriormente, van a almidonar la túnica y la capa, como también, la plancharán con esmero, para que se vea impecable en la estación de penitencia.

Muchas gracias a vosotras, madres. Vosotras sois, las primeras que empezáis la estación de penitencia...y las últimas que la acabáis. Al igual que María seguía a su Hijo en su camino hacia el calvario, vosotras seguís la estación de penitencia con el mismo entusiasmo, atentas, a cualquier necesidad del penitente.

Pero al igual que la Madre, el Padre acompaña al hijo en todo momento. Desde el mismo instante, en que con voz ronca suena la frase “comienza la estación de penitencia. Por favor, hermanos, bajad el antifaz” El padre estará al lado del hijo, ajustando el antifaz, para que pueda seguir a Jesús en su Vera-Cruz, aunque más de una vez, al andar algo más ligero, el antifaz se mueva con el consiguiente protestar del joven nazareno. La estación de penitencia no empieza en la persona.

Empieza en la familia, esa institución ungida de carácter sagrado, y que hoy en día, desgraciadamente, se encuentra maltratada por todos los poderes públicos, a pesar, de ser en ella, donde se asienta los cimientos de la educación y la enseñanza de los pequeños, el lugar donde se enseñan unos valores, y se aprende a respetar al prójimo. Gracias al Cristo de la Vera-Cruz y a su Madre, mi primera estación de penitencia, fue un acto familiar, donde la penitencia de mi padre, era ponernos en su sitio el antifaz, para poder seguir la Cruz de guía, siempre delante tuya, Cristo de la Vera-Cruz.

Y, la de mi madre, era llevarnos el agua y ese trozo de bizcocho, del que en estos lares, llamamos de “cacerola”, que mi abuela Mariquita, tenía preparado para dicha ocasión, y que reponía las fuerzas durante el recorrido.

Cristo de la Vera-Cruz, sé la luz que guíe a esta gran familia, para que podamos seguir tu ejemplo todos los días.

Voy a hacer un paréntesis, en este momento de la estación, para hablar de un hecho histórico, y por el cual, parece que no ha pasado el tiempo. Hace 75 años ya, quién lo diría, tras los trágicos sucesos de la Guerra Civil, nuestra Hermandad, se encontraba huérfana tras haber perdido a nuestros Sagrados Titulares. Pero fue la suerte, o quizás fuiste Tú, quien quiso, que tanto Tú como tu Bendita Madre, llegarais a Mairena, para sentir el Amor y la devoción de todo un pueblo.

Pueblo, que esperaba con los brazos abiertos, a aquella pequeña dolorosa de grandes ojos, y llanto desconsolado, que provenía del convento de las Mínimas de Triana, y ese hermoso Cristo crucificado, de dulce mirada, proveniente del convento de San Gregorio. Desde ese día, recibís la veneración de todo un pueblo, que espera con los brazos abiertos, a que por el dintel de la parroquia, asome ese cuerpo inerte, de un Cristo dormido, acompañado de su Madre desconsolada, fiel esposa del Espíritu Santo, para recibir oraciones, plegarias y ruegos.

Ese fue un día de gran júbilo, para todos los veracruzistas, que quedará grabado para siempre en la memoria. Acto emotivo, lleno de vivencias y de recuerdos, donde tuvimos la ocasión, de contemplar un espectacular calvario. Pero, un problema personal, hizo que la alegría se tornara en pena. A tu vuelta hacia la iglesia, sólo tenía ojos para contemplarte en ese patíbulo de la Cruz clavado, implorando, para que me ayudases a resolver mi problema. Paso a paso, me fuiste enseñando, que mi problema no era tal, sino que esa era la Cruz que debía coger todos los días. Pero esa cruz, no la tienes que llevar solo.

Tienes la suerte de tener a tu lado a muchos cirineos, para ayudarte a llevarla.

Porque sólo así, agarrado a tu Vera-Cruz, se que el problema será menor, ya que ese, es el camino que conduce a la gloria de la resurrección.

Por la tarde, intentas descansar para poder realizar la estación de penitencia, en la que tendrás que soportar la dulce carga de la trabajadera, paseando a la Esclava del Señor por las calles de Mairena. Cierras los ojos, intentas conciliar el sueño, pero los nervios y las dudas van apareciendo, y se apoderan de ti. Piensas, que no vas a poder realizar la estación de penitencia, que las fuerzas te van a abandonar en el momento, en el que el yugo de la trabajadera más necesita de fuerza que de corazón, y no vas a completar el recorrido. El corazón se acelera, como si de ello dependiera la vida, y te entra el miedo.

Es en ese momento en el que estás sometido a un mar de dudas, cuando sientes una mano cariñosa y una voz cálida y dulce que te dice: "es la hora de prepararse".

Abres los ojos, y te encuentras con la cara curiosa de una pequeña monaguilla, que te recibe con una sonrisa. Es el tesoro de la casa, la pequeña Sara, la que te mira asombrada vestida con su roquete de monaguillo, para realizar su primera estación de penitencia. En ese momento, coge y te dice: “Papá. Señor Pupa”, señalando a tu imagen sobre la cabecera de la cama.

Al mirarla, y ver su cara angelical recuerdas las palabras de Jesús: “dejad que los niños se acerquen a mí”.

Cristo de la Vera-Cruz, permíteme tener la inocencia de un niño, que te siga por el camino de la Cruz, que no es otro, que el camino de la salvación.

Te diriges hacia la Parroquia, donde te esperan en resto de los hermanos, para realizar la estación de penitencia. El camino se hace eterno, y piensas que nunca vas a llegar a tu destino. Enfilas la calle el Arco hasta llegar a la puerta de la Parroquia. Entrás en la parroquia, y un silencio sepulcral lo inunda todo. Te diriges hacia el lugar donde se encuentra Jesús Crucificado en su Vera-Cruz y su Madre, María Santísima de la Ancilla. Frente a ellos y en silencio, depositas todos tus miedos y temores.

Tus súplicas, tus ruegos y las oraciones por aquellos que en ese momento tienes en mente: los enfermos, los parados y aquellos que se encuentran en soledad. Tan absorto estás en tus oraciones, que no te percatas de los pequeños que se acercan a ti.

Sientes de pronto un tirón del pantalón. Te vuelves y ves a Teresa, Diego y Manuel Jesús, que con la mirada angelical reclaman tu atención, y que con la inocencia que tienen, te dicen: "Tito. El Señor está dormido" Me vuelvo hacia ti, Señor, para comprobar lo que dicen los pequeños.

Te miro a la cara, y descubro ante mí, cómo a pesar del sufrimiento y martirio de cruz, tu dulce cara refleja paz y tranquilidad, sin reflejar ningún rictus de dolor. Qué razón tienen estos niños. Señor, tú no estás muerto, estás dormido, porque deseas que todo un pueblo, cuando pasas, deposite en ti todas sus plegarias, sus ruegos y súplicas.

Cristo de la Vera-Cruz, Hijo de Dios Padre, tú que mueres por Amor, permítenos seguir tu camino, para alcanzar la Gloria de la Resurrección.

Son las 8 de la tarde, y con puntualidad casi británica, se abren de par en par las puertas de la Parroquia, para que comience a salir en procesión mi cofradía. Tras atravesar el dintel, la cruz de guía, portada a la antigua usanza, de los frailes franciscanos del eremitorio de Luchena, empiezan a aparecer, parejas de nazarenos de antifaz verde con sus cirios en alto, que guardan a nuestros sagrados titulares, y a la insignia más valiosa, la reliquia del Santo Lignum Crucis.

De pronto, en el interior del templo, se hace el silencio, y tres toques de llamador anuncian, que el paso del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz se ha levantado, y llega hasta el dintel de la puerta. Poco a poco, va saliendo, y en la blanca fachada de las casas de enfrente, se va reflejando con el atardecer, la sombra de Dios crucificado que va dando su lección de Amor por las calles de Mairena. Poco a poco, va avanzando por la calle Real, y los últimos rayos del Sol, lo acompañan en los primeros pasos de su camino por las calles de nuestro pueblo, para encontrarse con aquellos que lo necesitan.

Pero en todo lo alto de la calle Real, el azul del cielo, se ha tornado gris, y se empieza a presagiar lo peor. El cuerpo de nazarenos que antecede al paso de Cristo continúa avanzando, sin percatarse de lo que ocurre. De pronto, una orden desde la presidencia del paso de Virgen, ocasiona el revuelo, y el paso de Cristo, retrocede sobre sus pasos. El desconcierto inunda a los pequeños nazarenos, que en esta ocasión, acompañarán a su Cristo en la trasera del paso. El paso se encuentra ya dentro de la iglesia, cuando el llanto desconsolado de la Virgen, cae desde el cielo en forma de lluvia.

La lluvia cae sin descanso, y el cuerpo de nazarenos se halla completamente abatido. Pero algunos de ellos, se resiste a no salir en procesión, y tienen todavía Fe en realizar su estación de penitencia. Desde su casa, el joven nazareno, vuelve de nuevo a la iglesia, acompañado de su tío Manuel, para encontrarse con su Cristo y su Bendita Madre. Pero la realidad es que el agua va a impedir realizar la estación de penitencia.

Cristo de la Vera-Cruz, acrecienta nuestra Fe, muéstranos tu pasión, para que podamos seguir tras de ti, el camino de la Cruz.

En el interior del Templo parroquial continua el silencio. 30 hombres que responden al sobrenombre de “cascarillas”, se disponen a empezar la estación de penitencia, llevando sobre sus hombros a la Madre que siempre los protege: María Santísima de la Ancilla. Te diriges hacia el paso, con el resto de hermanos costaleros, pero algo no va bien. Te miras, y ves que llevas en el brazo izquierdo una muleta. La fractura de la pierna en los albores de la cuaresma, te va a impedir realizar la estación de penitencia, desde la segunda trabajadera del paso de palio. Te pones cara a cara, frente a tu madre, y entablas con ella, la siguiente conversación:

Ancilla mía, este año tenía puesta mucha ilusión en ir bajo las trabajaderas, y acompañarte en tu caminar por las calles de Mairena.

En estos momentos estás en tierras lejanas, lejos de donde está tu corazón. Todo estaba complicado, y eso no lo quería yo. Quería tenerte a mi vera, para repartir ilusión, llevar esperanza al enfermo, y amor en el corazón, para dar a todos aquellos que están faltos de amor. También te necesitan tus padres, y aquellos que requieren tu atención.

Pero madre, ¿no comprendes que todo lo que hago, es por tu Amor? necesito expiar mis pecados, y realizar una alabanza a mi Dios. Tú eres Ancilla, la madre de nuestro señor. Hija de Dios padre, Pura e Inmaculada concepción.

No te preocupes por ello, Hijo. Que todo lo dispongo yo. Vas a llamar al paso, fuerte, y con decisión. Te acompañan tus cirineos, amigos de gran corazón, para que te ayuden a completar tu estación agarrado al manto, y realizando tu oración.

Te acercas, poco a poco al paso, llorando de la emoción. Aprietas, el llamador entre tus manos, y con voz alta y clara dices:

¡Cascarillas! Prestad mucha atención. Vamos a pasear a la Virgen de la Ancilla, con gran ternura y pasión. Haced las llamadas cortas, y las mecidas, con mimo y devoción. Que no se muevan los varales, que no se mueva una flor. Hay que mecer a Nuestra Ancilla, con gran dulzura y oración, que quede enjugada sus lágrimas, y que quede aliviado el dolor.

Y ahora, Cascarillas, con un solo corazón, vámonos todos al cielo, con la Esclava del Señor.

Poco a poco, el palio va cruzando el dintel de la parroquia, pero empiezan las dificultades. La inclinada rampa que nos separa de la calle, empieza a hacer estragos en la cuadrilla, y allí donde las fuerzas empiezan a flaquear, es donde el corazón y la fe consiguen, que paso a paso, sin que se mueva un varal, el paso pose sus cuatro zancos, por parejo en lo más alto de la calle Real.

El palio continúa su discurrir hasta llegar a la plaza de Alconchel. Calvario donde Jesús de la Vera-Cruz, entregó su vida para la redención del género humano, y que sirvió, para que de su fuente brotara el agua de la vida, que alimentaba a todo el pueblo de Mairena.

Justo allí, en el antiguo matadero, se encuentran las personas ancianas, que por circunstancias de la vida, se encuentran con la soledad, el abandono y la tristeza de encontrarse solos y sin consuelo.

Pero, hoy hay un rayo de esperanza. Jesús crucificado, se acerca a ellos para recordarles que al igual que Él padeció en la cruz, que ellos no están solos, sino que tienen que abrazarse a la cruz, para encontrarse con él, y con su Bendita madre, María Santísima de la Ancilla. La Esclava del Señor se acerca, para que ellos depositen en ella sus oraciones, así obtienen de la virgen, el consuelo y la paz que necesitan.

Sería en este sitio, fuente de vida para Mairena, donde me entregarías el tesoro máspreciado. Justo a tu lado, como una de las santas mujeres, se encontraba una joven buena, dulce y cariñosa, que esperaba tu encuentro con los ancianos del asilo. Se acababa de producir el relevo debajo del paso, y al salir te busqué, Ancilla, esperando encontrar respuesta a mis plegarias. Te miré a los ojos, pero en tu conversación con San Juan, mirabas hacia el otro costado del paso.

Miré a donde indicabas, y allí se encontraba esa joven dulce y cariñosa.

Entonces comprendí lo que me querías decir. Igual que momentos antes, en este mismo lugar, tu Hijo te entregó como Madre de la Humanidad, Tú, me entregaste a la mujer que todos los días, me recibe con una sonrisa, y una palabra amable, que me ayuda a levantarme cada vez que me caigo, donde encuentro la calma, después de la tormenta, que hace el Milagro todos los días de convertir en risa el llanto, y de dar paso a un cielo claro tras la tormenta. Tú eres quien me acompaña aferrada a tu Vera-Cruz cuando ésta se vuelve más pesada, y me ayudas a soportar la dulce carga.

Gracias a ti, Milagros, por compartir conmigo todos los días. Gracias por acompañarme, por haber hecho posible, que todos mis sueños, y esperanzas se hagan realidad, por ver cómo agarrado a tu Cruz no me encuentro sólo, sino que te tengo a mi lado.

Virgen de la Ancilla, la flor más hermosa del jardín, que florece allá por el mes de abril, tú que eres cálida y primorosa, dulce como el aroma del alhelí, tú que eres Madre y Señora de mi corazón, gracias por hacer posible el Milagro, el Milagro del Amor.

Continúa con paso largo y racheado el Cristo de la Vera-Cruz, subiendo por la calle Ancha, cuando de repente, una voz rasgada, rompe el silencio de la noche por martinetes. A la tenue luz de los candelabros de guardabrisas, que guardan el dulce sueño del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz, una madre posa su mirada en tu sereno semblante, rogando por recuperar la salud. Intenta alcanzarte, pero las piernas no le responden. Intenta agarrar uno de los zancos, pero desde la acera, es difícil hacerlo. Pero para eso sales por las calles de Mairena. Para ver al enfermo.

Poco a poco, me acerco a esta madre, le sonrío, y le ayudo a que con toda la fe del mundo, se acerque al Jesús en su verdadera-Cruz.

Porque al igual que cuando me he caído, me has ayudado a levantarme, aquí tienes mi mano, para levantarte una y mil veces. Porque el Amor, mueve el mundo, y Jesús muere por Amor.

Un manto de estrellas envuelve al cuerpo inerte del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz a su llegada a la plazoleta, cuando los angelitos que lo escoltan, se han ido retirando bajo los efectos del cansancio, quedando acompañado sólo por aquellos angelitos celestiales víctimas del aborto, y del maltrato, que vigilan para que no se despierte del sueño, en que se encuentra sumido.

Con paso largo y racheado, poco a poco va avanzando el paso, mientras la oscuridad y el silencio se van haciendo cada vez mayores, para que el Divino Redentor no despierte del sueño de los justos, hasta el tercer día.

Detrás, su Madre afligida es consolada por sus hijos, que intentan adormecerla.

Poco a poco, las fuerzas van fallando. Las piernas no te sostienen, y la cruz se va haciendo cada vez más pesada. Pero en esos momentos, es cuando más necesario es el corazón y la fe: una palabra de ánimo, un abrazo, la ayuda del compañero que tienes al lado, porque no podemos olvidar, que el costalero no es el protagonista.

Es uno más de los penitentes de la cofradía. Y ser costalero implica esfuerzo, dedicación, abnegación, entrega, sacrificio y corazón. Y sobre todo, Fe en Dios y en su Bendita Madre, ya que la fe es la que hace que el sacrificio bajo las trabajaderas, nos enseñe a comprender mejor los episodios de la pasión y muerte de nuestro señor Jesucristo.

La noche sigue cayendo y las fuerzas siguen flaqueando poco a poco a pesar de los ánimos. Sólo se escucha la voz ronca del capataz, una saeta, una plegaria en forma de oración, el andar del cuerpo de nazarenos, el sonido del muñidor, el llorar de la cera, el aroma de la flor, y el batir de las bambalinas del palio de la Esclava del Señor.

Poco a poco va llegando el final, y las blancas paredes de la peana, resguardan al Santísimo Cristo de la Vera-Cruz, para que no lo roce ni la brisa de la noche. Con paso corto, poco a poco, va subiendo la angosta rampa, que lo llevará al interior de la Parroquia, reflejando su serena figura sobre las blancas paredes de las casas. Sus costaleros, poco a poco lo llevan con mimo, con el menor movimiento posible, para que no despierte del sueño en que se haya sumido.

Detrás, su Madre, es consolada por sus costaleros, que la mecen suavemente para que se alivie la pena. Poco a poco, enfila la rampa que es la antesala del cielo.

El cuerpo no responde, empiezan a entrar los miedos

Madre mía de la Ancilla ayúdame a pasar este momento.

La rampa se hace eterna, parece que lleva al cielo

Virgen mía de la Ancilla, sabes cuanto te quiero.

Déjame ir contigo a la gloria de los cielos.

Sabes que todo lo hago, por el Amor que te tengo. No permitas que nada ni nadie turbe este momento.

Las fuerzas me siguen faltando. Ya va faltando el aliento.

Fijad por Dios con firmeza, las patas traseras y los costeros. Que no se muevan los varales de la Reina de los Cielos.

El paso sigue avanzando, yo ya fuerzas no tengo. Acuérdate de mí, madre mía cuando esté en tu reino. Que yo fui cascarilla, hijo de la Esclava del Señor y Reina de los cielos. Que quiero alabar tu hermosura, allá en el reino eterno y pasear tu Figura junto a tu Hijo, el que murió en el madero.

El palio penetra en la Iglesia, ya se acabaron los miedos. Ya está de nuevo la reina dentro de su reino. Poco a poco vira el paso. Poco a poco se va meciendo. Poco a poco se posan los zancos en el suelo, para que duerma la reina de los cielos.

Ya se acabó el sueño. Y volvemos a la realidad de tener que esperar un año, para volver a pasear a María Santísima de la Ancilla y al Santísimo Cristo de la Vera-Cruz por las calles de Mairena.

Pero siempre, queda la esperanza de encontrarnos con ellos en la Iglesia, y con la ilusión que supone que un nuevo angelito vestido con su roquete de monaguillo te guarde y te escolte por las calles de Mairena.

**Caridad, Amor, Fe y templanza
Siempre a tu Cruz yo me abrazo
Para tener la Esperanza
De sentirme en el regazo
De una Madre Triste y llorosa
Que te tuvo entre los brazos.
Madre de la Divina Gracia
Madre mía de la Ancilla
Ayúdanos a seguir
A aquel que dio la vida
Para salvarme a ti y a mí.
Madre mía de la Ancilla
Madre del Buen Jesús,
Ayúdame a seguir a tu hijo
El Cristo de la Vera-Cruz.**

He dicho.

